

ANIQUILAR EL PASADO PARA INSTAURAR EL PRESENTE

A Oriol Bohigas la identidad de los barrios le daba más bien igual, mientras al príncipe Maragall le preocupaba más la división administrativa en diez distritos y emprender muchos proyectos de aquella carpeta gestada durante la alcaldía de Porcioles, cuando fue alto funcionario del municipio.

Oriol Bohigas tuvo una relación fructífera con la periferia, desde su formación junto a Francesc Mitjans hasta rivalizar con su maestro en la frontera entre Gràcia y el Baix Guinardó, donde ambos tejieron edificios significativos. Bohigas, como no podía ser de otro modo, fue más allá gracias a la refundación del 92, colgándose medallas tanto en Montjuic como en la Villa Olímpica, símbolos de los Juegos y traza de punta a punta de Barcelona.

Antes de las Olimpiadas, Bohigas aprovechó la desindustrialización, sirviéndose un banquete de vacíos a rellenar como plazas comunitarias, eso sí, sin calidez, como si en las zonas periféricas esa fuera la funcional solución decretada. Lo mismo de la Verneda al Clot, de Porta al Baix Guinardó, de Sants a Montjuic. Unos cuantos bancos, verde que te quiero verde, alguna ruina del pasado o una escultura moderna y cortar la cinta para la historia, sin mirar al después.

Bohigas colisionó como todos sus antecesores con el Camp de l'Arpa, un laberinto sin ganas de ser engullido por Barcelona a causa de su particular morfología rural, urbanizado a lo largo de siglos mediante pequeñas parcelaciones de sus propietarios, independientes a las exigencias del Ayuntamiento condal, cuya meta era agregarse a todos los pueblos de los alrededores, integrándolos con todas las consecuencias.

Lo del Camp de l'Arpa y la resistencia a l'Eixample puede sumar otra crítica más a las de mi supuesta obsesión en la noche de su muerte, mientras iba a casa de Segismunda. Maria Micaela de Borràs, viuda de Peguera, fue la gran adalid de un «basta ya» al imperialismo del Eixample, en alianza indirecta con el potentado Xifré, cuya calle es un muro a la cuadrícula de Cerdà, terminándola.

Eso es apreciable desde la plaça de les Tortugues, así como en la de les Heroïnes de Girona, un absurdo nominal en el punto donde Rosellón y Freser se bifurcan desde los años setenta. Antes, Freser, continuadora de la carretera de Horta, era la reina indiscutida del enclave.

Bohigas y Maragall maquillaron muy bien la regeneración de los barrios mediante inauguraciones mediáticas, tras las Olimpiadas sin máscaras de ningún tipo en su voracidad de negocio.

Maragall y Bohigas leyeron muy bien una nueva forma de hacer política. La campaña «Barcelona

posa't guapa» abogaba y posibilitaba la rehabilitación de fachadas. Sin tener a mano la estadística, ni falta que hace, créanme, el Eixample fue el gran beneficiado de la operación, comenzada en 1985, en consonancia con el alza de los precios de la vivienda. Los márgenes alimentaban un bazar cosmético con muchas grietas que reparar, como pudo confirmar finalmente el hundimiento del túnel del metro del Carmel en enero de 2005. La periferia de Barcelona se ha visto muy beneficiada por el periodo democrático. Sin embargo, la última fase de la historia condal ha potenciado acaparar el foco en el centro como producto vendible. Sin fotos, todos esos extrarradios esperan o se movilizan para robustecer su identidad, con la autogestión del espacio en el debate del vecindario.

Maria Micaela fue una viuda ejemplar y dedicó una calle a su difunto esposo, a su Eterna Memoria; son apenas unos metros que en mi adolescencia asociaba con consignas nacionalistas. Maria Micaela contrajo segundas nupcias con un Casanovas, y así sus tentáculos abarcaron el Baix Guinardó, si bien Peguera —el difunto primer esposo— le había legado parcelas esparcidas por media Barcelona, algunas de ellas urbanizadas por los primos de la viuda. Micaela donó el testamento de su segundo esposo, el Casanovas, al hermano de este, un regalo de envergadura.

En su juventud artística, durante los años sesenta, Bohigas fue uno de los más prolíficos arquitectos de

la periferia. En la Meridiana, su colmena es el arquetipo que demuestra su celebridad. Hay firmas relevantes en esa avenida, pero la de Oriol está en boca de todos, heterodoxa por sus fachadas y tan mitificada como para eclipsar sus edificios del Baix Guinardó, como el de vivienda social de Lepant con la ronda, la iglesia parroquial de Cristo redentor en l'avinguda Verge de Montserrat, digna de aplauso pese a pasar desapercibida; cuando te fijas, se acentúa su armonía en el espacio, con un pasaje como atajo rural hacia el carrer de les Camèlies, el de Rodoreda, quien tituló así su novela, desilusionada porque en su cabeza la calle era una oda de villitas con jardín, todas ellas demolidas por el culto a la verticalidad.

En este escenario se escenificó un duelo titánico desde el silencio. Bohigas se camuflaba detrás de las instalaciones del Club Esportiu Europa, uno de los fundadores de la Liga de fútbol a finales de los años veinte del siglo pasado, donde permaneció tres temporadas en la máxima categoría.

Su estadio, un drama urbanístico, tiene como pantalla un rascacielos de Francesc Mitjans, una divinidad de la geografía barcelonesa, hoy en segundo plano por cómo Bohigas supo crear un nuevo relato canónico. Mitjans finiquitó los restos de la masía de Can Sampere, hizo trasladarse al popular club Hispano-Francés y concibió una isla con jardín interior, muy de película de los años sesenta por su blanco

mobiliario. Cada una de las fachadas de esta manzana tiene el toque de su creador, sólo perceptible si caminas con atención Pau Alsina, Providència y Sardanya para apreciarlas. La cuarta es en realidad un rascacielos de ochenta y cinco metros de altura, casi tan vírico como la estrella de la muerte.

En este perímetro, Bohigas es un secundario de Mitjans. De hecho, fue su lacayo en los albores. Su inmueble en Providència con Pau Alsina queda deslucido, nadie se detiene a mirarlo a causa del ancho de calle. Su empaquetamiento es un puñetazo para ese trabajo, claudicante ante toda la blanca manzana de Mitjans, de la que cada vez reniego menos, armónica en su serena complejidad.

Bohigas y Mitjans colaboraron en la piedra miliar de todos esos aledaños modernos pese a no tener cabida en las postales. El bloque de edificios de viviendas del carrer de Escorial era muy su *rien ne va plus* hacia el cielo, con una sola pieza altísima, una pantalla para proteger la privacidad de los nuevos inquilinos.

Bohigas y Mitjans sepultaron la masía de Can Comte, cuyos terrenos se extendían hasta los límites de Gràcia y el Baix Guinardó, erigieron un rascacielos, ajardinándolo en su parte posterior con su nueva propuesta de interior de manzana, tan poco convencional que a buen seguro Ildefons Cerdà les hubiera soltado un buen rapapolvo por su osadía al reinterpretarlo.



Iglesia del Redemptor en l'avinguda de la Mare de Déu de Montserrat.



Interior de la Illa Europa, Francesc Mitjans.



Vista de un sector de la Illa Europa, Francesc Mitjans.



Viviendas de la Villa Olímpica.

Con la manzana Europa, Mitjans comunicó la hercúlea tarea de Escorial, como si publicara un volumen para entender mejor lo previo, o cómo no se conformaba. Lo de Bohigas en Providència se compensa por sus viviendas del carrer de Pallars, en el Poblenou, afines en su estética de impronta fabril, ensalzándolo e imponiéndose por no ceñirse a formatos oficialistas, como los de la vecinísima Verneda.

Ahora, cuando las chimeneas sólo son arqueología, esas fincas son un oasis. Una mañana de niebla me guiaron solas, a sabiendas de mi deseo de fotografiarlas. Con Mitjans suele ser todo más mecánico, sólo en la fábrica Costa Font de Camp de l'Arpa desecha ese progresivo trazo de hielo. Su trayectoria, basta pasear por la avenida Roma, en la izquierda de l'Eixample, se encaminó hacia la exacerbación de los blancos en estructuras monumentales, casi teológicas.

Bohigas siempre quiso ser algo más lírico, como en sus viviendas de la Villa Olímpica, donde las formas verticales de las fachadas asoman como poética para recordar el pasado fabril de la zona, esa Icaria obrera aniquilada excepto por la conservación de alguna chimenea, como la de Can Folch.

Durante muchos años me declaré maragallista, y aún hoy en día alabo su empeño refundador. Al caminar amplías el punto de vista y la mirada lateral cobra seguridad. La adición de quilómetros, incluso mediante la repetición de un recorrido que nunca

es igual, lleva a paseos con lecturas, mapas y herramientas para profundizar. Maragall y Bohigas vencieron, es algo indiscutible. El Modelo es el testamento, Modelo en mayúscula, operante a pleno gas con el Fórum de Les Cultures de 2004, cuando ellos eran nombres en los libros de historia.

Vencieron. Un tren en marcha sin sus conductores a los mandos y con ganancias en la mercadotecnia global a base de una mezcla entre inversión pública y privada, saneamiento, *tabula rasa* con cierto pasado (solo hay que teclear en el buscador «Barcelona 1993» o «Rambla del Raval antes»), y concreción de unas políticas porciolistas muy democráticas por cómo se pusieron en práctica, pero con cierto aroma dictatorial en su elucubración.

La Villa Olímpica fue el plan de la Ribera de la alcaldía Maragall en su compromiso con el arquitecto Bohigas. Montjuic caducó como vertedero para ser un parque de atracciones olímpico, con palacios de deportes, estadios en alquiler, una universidad de educación física y una mal explotada área de museos, abundante y sin publicitar tan bien como sus homólogas de Viena o Berlín.

Porcioles quiso la tercera Exposición Universal. Cuenta la leyenda que Samaranch, en ascenso paulatino en el escalafón, le conminó entre bromas a apostar por los Juegos Olímpicos: el futuro. Para el alcalde del Copito de Nieve, sin embargo, el futuro



Barcelona en 1927. Instituto Geográfico Nacional.

era convertir Barcelona en una autopista que fragmentara los barrios y permitiese ir de punta a punta como si fuéramos Los Ángeles en un sin dios de vías rápidas, al estilo del carrer d'Aragó u otras por fortuna no consumadas para encadenar Montjuic con el Tibidabo o reventar Gràcia con un corte sin anestesia. Las rondas democráticas fueron la evolución de esta locura desde su imperfecta racionalidad.